

Planteamientos del Problema Indígena

Por el Dr. Luis BOSSANO, Profesor de Sociología de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad Central. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

A pesar de la vertiginosa marcha que el progreso de la civilización mecánica y de la técnica va expandiéndose y afianzándose en el Continente Americano, no ha podido ocurrir igual, en modo alguno, con la acción restauradora que demanda la realidad de un considerable agregado de la población humana. Me refiero concretamente a la situación de las masas indígenas.

En verdad, este trascendental aspecto, en algunos de nuestros pueblos, continúa representando un positivo problema con todas las características que tal enunciado entraña. Es un problema, ante todo, en razón de una evidente existencia del hecho o materia objeto de la atención, y luego en cuanto esa realidad comporta una cuestión, o mejor un conjunto de cuestiones que necesitan ser adecuadamente solucionadas, de conformidad con las contemplaciones aconsejadas por la cultura contemporánea.

El punto primero, o sea la proporción cuantitativa, suficientemente considerable de un bloque indígena, bien individualizada por su morfología externa y sus atributos internos, es un hecho que se halla fuera de toda duda en países como México, Balivia, Ecuador y Perú y, en apreciable escala, también en Guatemala y Paraguay (el porcentaje de esta población, frente al total de la nación en Estados Unidos, Canadá, Colombia y algún otro, no asume ciertamente un volumen de mayor trascendencia). El segundo aspecto, o la suma de circunstancias con que tales bloques

humanos, hallándose al margen de la órbita cultural del resto de población, demandan un sistema de medidas indispensables para su rehabilitación, constituye otra realidad evidente a todas luces. Y es posible afirmar esto último por más que estados como el mexicano, de un modo especial, hayan venido desarrollando esfuerzos tan meritorios como ingentes para aminorar la magnitud del problema. Existe, pues, una materia que necesita ser estudiada en toda su extensión y profundidad, con análisis y experiencias prolijas, a fin de enderezar y resolver todos y cada uno de los aspectos contenidos en esa realidad como problema, y, específicamente, como problema social. Para esta consideración global, no es indispensable, evidentemente, remitirse a los testimonios estadísticos, tan escasos, por lo demás, en esta materia. Todos los cálculos que en forma aproximada se han efectuado en los precitados países acerca del monto numérico del bloque indígena respectivo, acusan, de modo invariable, proporciones tan elevadas, que casi siempre el conglomerado indio representa una mayoría de cada población.

Existe, pues, de manera irrefragable, "un problema", y correlativamente, una necesidad de examinarlo en toda su esencia, modalidades y contornos, hasta alcanzar el necesario cuerpo de soluciones pertinentes.

Partiendo de estos conceptos básicos, es preciso reconocer que numerosos, profundos y vastísimos esfuerzos han venido desarrollándose en el campo de la investigación social aplicada, de la legislación, y hasta en cierta forma de la experimentación, con el propósito de precisar las fórmulas más adecuadas al caso. Un criterio obviamente humanitario y justiciero nos ha inspirado en tal empeño, junto al afán, no menos legítimo, de trascendencia medularmente cultural para nuestros pueblos, cuyo pulso vital, apremios, esfuerzos y rendimiento integral han venido moviéndose exclusivamente a expensas del sector mestizo y blanco y de la reducida élite allí constituida.

Debemos recordar que, a través de las variadas contemplaciones que caben en el problema, numerosos medios de solución han sido propuestos, desde los ángulos ya enunciados, a propósito de consideraciones étnicas y biológicas, en consonancia con las exigencias económicas y con vista a la reforma en la esfera de la educación. No hay que olvidar que en esta honda preocupación, el pensamiento mexicano ha sabido llevar una indiscutible primacía. Su decisión, inclusive para unificar y concertar los esfuerzos en el continente, ha alcanzado realizaciones halagüeñas, como el Congreso Indigenista reunido en Pátzcuaro y luego el Instituto Indigenista Interamericano, con todas sus valiosas y persistentes realizaciones.

De todas maneras, y no obstante los favorables efectos derivados del hecho de haber centralizado los planes de investigación y haber dilatado, podríamos decir, el ámbito de discusión de este problema americano, no ha dejado de preocuparnos la necesidad de insistir en la tarea de adentrarse en investigaciones de fondo, proyectadas separadamente, y quizá no tan sólo en las correspondientes circunscripciones nacionales sino aún regionales o seccionales. No es posible ciertamente, desligar el estudio de una realidad humana de sus raíces y antecedentes específicos. Y en el caso del indio, si bien existen múltiples modalidades similares en cada uno de nuestros países, no es menos cierto que para cada solución es necesario valorar las características propias del factor geográfico en sus múltiples manifestaciones y consecuencias bio-antropológicas, condiciones del medio social, vicisitudes históricas, sistemas peculiares de existencia, entre muchos otros factores. Para nadie se oculta que cada uno de estos elementos, así como la combinación de ellos, o sea la resultante de sus múltiples influjos, encarnará un tipo de problema con fisonomía y relieves bien diferenciados como para exigir fórmulas elaboradas en estricta armonía con las circunstancias operantes y debidamente singularizadas para cada caso.

Detenerse a enjuiciar realidades parciales del vasto problema, obviar la información sociogeográfica, facilitar cálculos y calificaciones y acelerar el ensayo de recursos aconsejados, no sería, en suma, sino realizar, en cada caso, un esfuerzo y una experiencia eficazmente aprovechables para la tarea conjunta. En esta división espacial del trabajo sería desde luego procedente utilizar para la labor de cada investigación, ya debidamente sistematizada, los servicios de no pocos especialistas idóneos que afortunadamente existen en esta materia. Los estados interesados habrían de prestar toda su ayuda material y el Instituto Indigenista Interamericano centralizaría y aun coordinaría los resultados de esta gran obra colectiva de investigación y experiencia social.

El problema, globalmente considerado o analizado en sus sectores parciales, ofrece, acaso, tres aspectos fundamentales que requieren ser estudiados ordenadamente para permitir una visión en lo posible circunstanciada y completa de la realidad indígena: la situación actual de la masa aborígen, sus características y virtualidades biopsíquicas y, finalmente, las fórmulas adecuadas para su reincorporación a la cultura contemporánea.

La primera etapa de la investigación responde, a nuestro modo de ver, a una necesidad imprescindible, para tener acceso a un dominio pleno de la materia que va a ser objeto del estudio: apreciar el problema en todo

su contenido de tal, en su volumen y profundidad, en sus raíces y contornos varios.

Este capítulo ha de reducirse preferentemente a una esmerada esquemización sociográfica, con todos los elementos disponibles a fin de enfocar con la precisión mayor todas y cada una de las fases de la existencia del conglomerado indio, partiendo del análisis de todas las etapas y circunstancias que han venido operando en su constitución social. El examen de los procesos históricos ofrecerá en este caso una suma de datos e informaciones de trascendental significado para las consideraciones finales de la realidad presente. Es tan indispensable este aporte de antecedentes como que en tal manera será dable aquilatar el peso de una gravitación opresiva en cuatro centurias, las variaciones étnicas por eventuales cruzamientos u otras infiltraciones y sus correspondientes influjos. Todas las vicisitudes del pasado pueden comportar un significado y una expresión para los fines de rehabilitación.

El aspecto propiamente descriptivo de la realidad contemporánea ha de contraerse luego a la determinación de las formas de vida, actividades generales, sistema de trabajo, descanso y recreación, y promedios de instrucción. Se enunciarán las manifestaciones ya concretas de la existencia cotidiana alrededor de la vivienda, el vestido, la alimentación y toxicomanías. Los problemas relativos a delincuencia y alcoholismo requieren atención esmerada. Han de puntualizarse con especial cuidado las características de la vida infantil, junto a los índices generales de la natalidad, nupcialidad, morbilidad y mortalidad. Se enunciarán finalmente las variedades en niveles de vida, industrialismo, técnica en general, folklore y régimen legal.

La apreciación suficiente de cada una de las informaciones anotadas, ha de completarse con el examen detallado de la realidad telúrica en relación con sus influjos en el hombre, y, de modo especial, con el indígena. Esta consideración reviste una importancia primordial si se tiene presente que así la estructura orgánica como la fisiología del aborígen americano demuestran una singular capacidad adaptativa a las condiciones del ambiente físico, ya sea en relación con la altura, ya con la radiación solar y otros factores, lo que ha permitido observar en ciertos casos, no obstante condiciones desfavorables, una notable resistencia a algunas enfermedades, como no suele ocurrir con el blanco, el mestizo o el negro.

Fuera de toda duda está la necesidad de emplear, en cuanto fuere posible, en esta etapa de investigación, la ayuda de los registros estadísticos, cuya eficacia no es menester detenerse a ponderar.

El segundo momento, hemos insinuado, deberá contraerse al estudio de las características y virtualidades biopsíquicas del indio.

En realidad, esta contemplación tendría su antecedente necesario en los análisis del primer capítulo. Todas las indagaciones y confrontaciones inherentes a este aspecto, por demás trascendental, han de derivarse o han de tener como punto de apoyo los diversos hechos y conclusiones que hayan podido ser establecidos en el examen previo de la situación actual; con todos los elementos de información que caben en el conocimiento total de los diversos procesos, modalidades y facetas de la existencia del indígena. Se tratará, fundamentalmente, de penetrar en la entraña de la energía racial, desde la raíz orgánica y las expresiones y variantes fisiológicas hasta las más elevadas formas y tonos de la vida concienical.

El dato histórico constituirá un poderoso auxiliar para la determinación comparativa de las transformaciones vinculadas a los factores operantes en cada ciclo. Las condiciones de la base física, los factores biológicos, los rasgos dominantes del medio psíquico y del ambiente social y las experiencias pedagógicas, permitirán la adopción de un criterio ya objetivo en esta materia. La propia circunstancia de otros núcleos étnicos asentados en el mismo o cercano marco ambiental, habrá de facilitar una valoración interesante de analogías y diferencias.

Se buscará, en definitiva, determinar valores constantes, referidos a influjos conocidos y, naturalmente, a suficientes pruebas psicotécnicas, acerca de la potencialidad mental del indio, su capacidad adaptativa, su tono efectivo y volitivo, su equilibrio nervioso y funcional y todo el campo de reacciones previsible a base de móviles y circunstancias debidamente examinadas.

En realidad, sólo esta información documental, una suma de conocimientos de la naturaleza indicada, prolijamente metodizada a base de estrictas pruebas de rigor científico, podrán señalar una ruta propicia para la adaptación de medidas eficaces que lleven a despertar y poner en acción la energía humana y psíquica del indio americano.

Un tercer instante, la culminación de los estudios, procedería entonces de antecedentes bien fundados. Toda clase de soluciones y de normas establecidas con el objeto de resolver problemas humanos necesitan ajustarse estrictamente a las circunstancias; deben llevar en sí la viabilidad necesaria, de manera que cada recurso se adapte a la índole de los hechos que de él requieren y esté por lo mismo en posibilidad de alcanzar la finalidad para la cual ha sido concebido.

El planteamiento, pues, de las fórmulas encaminadas a incorporar a las masas indígenas al carril de la vida civilizada ha de basarse en las premisas del conocimiento pleno de las realidades constitutivas del problema y del ámbito neto de posibilidades.

En el campo de la teoría, y, en grado muy inferior, en el de los hechos, muchos, incontables caminos, han sido trazados con este noble empeño. Con ánimo siempre generoso, altos espíritus de la raza han venido esforzándose por dilucidar del mejor modo cuestión tan ardua y tan vital para el destino de nuestros pueblos. No hay duda de que en el amplio marco de este último capítulo propuesto habrán de hallar segura justificación numerosas de las previsiones planteadas en aquellos estudios.

Si resumimos, en efecto, de un modo global, las medidas aconsejadas para el caso, bien será dable hallar, desde luego, que todas y cada una corresponden, en realidad a las líneas generales del problema en conjunto. Sólo que es indispensable la captación precisa de cada realidad para señalar en la justa medida, el volumen, el grado y el procedimiento con que cabe la adopción de aquellas soluciones.

Acción mancomunada, se ha repetido, y con razón, así en la esfera económica como en el plano educativo. De muy poco serviría levantar el nivel de los recursos materiales y medios de subsistencia del indígena, si no ha podido proveérsele, al mismo tiempo, de la suficiente dotación cultural que le habilite para conservar en rol de dignidad y aspiraciones compatibles con sus nuevos elementos de existencia. Es menester crear necesidades en el indio, se ha dicho también con sobrada penetración, aludiendo simplemente al aspecto educativo. La verdad es que hay también que saber satisfacerlas. Cada uno de estos dos tipos de medidas entrañan, desde luego, un conjunto de fórmulas complementarias, como el problema agrario, que se les vincula íntimamente y que no está en nuestro propósito explicar en el presente esquema.

Todas estas inquietudes nos tocó también trazar, hace más de tres lustros, en forma de esquemáticos planteamientos. Allí hubimos de enunciar, además, otros dos aspectos en los que hoy, nuevamente, bien es del caso de insistir sin temor de pecar de apresurados: la necesidad, frecuentemente impostergable del saneamiento del medio físico y el apremio no menos esencial y perentorio relacionado con la realidad biológica en sí, mediante métodos de higienización, recuperación física y medicina preventiva. Y es obvio que estos órdenes de consideración constituyen una esfera de acción independiente de cada uno de los otros enunciados.

Creemos también en la eficacia de un método ya ensayado: el de los internados indígenas. Hábitos, costumbres y sistemas de existencia, es muy probable que puedan ser radicalmente transformados al iniciar la nueva vida en los primeros años de la infancia, en los que ya podrán ponerse en juego adecuados sistemas pedagógicos para la educación y la nueva orientación vital, en armonía siempre con posibilidades ya holgadas de subsistencia material y una progresiva capacitación técnica para el trabajo fructífero.

Frente a la solución propugnada con entusiasmo por no pocos expositores en esta materia, en torno a las ventajas implicadas en la fórmula del cruzamiento, con inmigración o sin ella, ya tuvimos oportunidad de oponer nuestras reservas en estas propias columnas. A la simple vista, y en el mero campo de los hechos, el cruzamiento por inmigración, en las actuales condiciones, sería irrealizable, ya que para ello sería menester, se hubiese elevado a un nivel de cultura equivalente a aquel de la masa blanca o europea de inmigrantes; y tal evento implicaría precisamente la finalidad que se persigue y ya no haría gran falta dicha mezcla. Y en torno a la trascendencia que asume ya un contenido bioantropológico del cruzamiento de razas humanas, es éste un problema que, científicamente, no es posible afirmar que ofrece expectativas claramente favorables para este caso concreto.

No ha dejado de sugerirse, además, como medida o estímulo de los más propicios, la implantación sistemática del servicio militar obligatorio. Si es verdad que podría ser un camino para la alfabetización y eventualmente podría conducir a un cambio en el régimen de vida y costumbres, esta última ventaja revestiría un alcance enteramente transitorio, ya que, ante todo, hábitos e inclinaciones ancestralmente arraigados no podrían transformarse valderamente por una disciplina artificiosa y precaria ejercitada en la edad madura. Antes bien, es posible prever con certeza que los métodos imperiosos y rígidos usuales en las normas del régimen militar, no alcanzarían otro efecto en la psicología del indio que el de acen-tuar mayormente sus complejos depresivos.

Cualesquiera de los hechos o fases del problema que sean considerados atentamente, no irían sino demostrándonos que cada una de las fórmulas o soluciones propuestas exigen de antemano una investigación de fondo alrededor de la desnuda realidad y de múltiples modalidades y accidentales variables, enfocándolos siempre de manera específica.

De todas maneras, es preciso advertir, que este nuestro punto de vista no se contrae por nada a sugerir que en la labor cuestionada haya materia para recomenzar. Muy lejos estaríamos de incurrir en despropósito semejante, cuando mucho más de la mitad del camino se ha recorrido merced a la obra meritísima realizada por esclarecidos pensadores del Continente. Simplemente se trataría, en la mayor parte del problema, de sistematizar y confrontar todo el cuerpo de investigaciones y planteamientos, buscando la aplicación a cada caso nacional, regional o seccional y complementándolos adecuadamente, en armonía con los dictados de la ciencia contemporánea.

Sólo necesitamos insistir en que la tarea a realizarse va imponiéndose a la responsabilidad de las clases pensantes y dirigentes de nuestra América con caracteres cada vez más perentorios. Estamos moviéndonos en un proceso de civilización extraordinariamente complejo, en el que descubrimientos de todo orden e invenciones mecánicas casi no sospechadas, van exigiendo imperiosamente en el hombre una suma de capacidades adaptativas que nuestra economía biológica no puede improvisar; todo un equipo de aptitudes mentales y nerviosas susceptibles de acoplarse a las nuevas formas con que la vida y la técnica de las velocidades vienen arrollándonos vertiginosamente. Mientras el hombre común de la ciudad civilizada ha podido desarrollar la agilidad de poder captativo, la aptitud para mover su atención y su facultad de asociación, ha aguzado sus reacciones nerviosas y sus resortes psíquicos, el indio de nuestros campos de égloga que convive mansamente con el rebaño o dirige impasible su arado de bueyes, empezará a sentirse demasiado distante ya tan solo del tractor agrícola. Y sabemos de antemano que el avance de este tipo de maquinaria lo va confinando progresivamente a los más reducidos límites de un trabajo de bracero que puede acabar por eliminar las posibilidades de su supervivencia. Si el salto indispensable no alcanzamos a procurarlo o suscitarlo, quedará el indio fatalmente reducido, en una gran mayoría, a subsistir a expensas del subsidio.